

Parecido a la felicidad

Herman Schwember

RESUMEN

En el presente artículo se analizan las apariencias de desdicha entre los chilenos a partir de interpretaciones clásicas de la felicidad. En filosofía existen dos corrientes al respecto: una que liga la felicidad al cultivo de la virtud, la sana convivencia y la producción de sentidos y la otra que supone la cuantificación de los agentes gratificantes para maximizar una "función de utilidad". A continuación, el examen de la actual realidad chilena constata sus profundas fragmentaciones estructurales, con formas muy heterogéneas de felicidad o desdicha. Se describen tres condiciones agravantes de la realidad nacional: en el mundo globalizado, la chilena es una sociedad marginal (en consecuencia, perpleja frente a la tecnología moderna); hay una creciente inseguridad frente al futuro, tanto de los ciudadanos como de las instituciones, y existe una pérdida generalizada del sentido del trabajo, en que el desempleo no es sólo un fenómeno económico coyuntural. A pesar de ello, se vislumbran tres direcciones de progreso posible. Ellas están dadas por la refundación de la convivencia a escala nacional (y el progresivo cumplimiento por parte de Chile con la Declaración Universal de los Derechos del Hombre); el surgimiento de una nueva convivencia globalizada en que, por sobre las identidades nacionales, aflore la conciencia global; y la refundación de la cosa pública, en que reaprendamos a valorar y pagar el costo de los espacios y servicios comunes.

■ **Herman Schwember** es ingeniero civil industrial con una larga trayectoria como consultor independiente en Chile y en el extranjero. Desde el retorno a la democracia se ha dedicado a estudiar las transformaciones de la educación superior. Además de las publicaciones técnicas sobre educación, Schwember está interesado en la creación literaria, en la que ha incursionado ocasionalmente.

HERMAN SCHWEMBER, La Verbena 4906, Ñuñoa, Santiago, Chile.

Fax: (562) 266 3452

Correo electrónico: eugenios@ctcreuna.cl

INTRODUCCIÓN

Los editores de PERSPECTIVAS están interesados en “entender el fenómeno del pesimismo prevaleciente en la sociedad chilena”, y agregan: “Parece que no somos felices. ¿Es efectivo esto? Si así fuera, ¿cuáles serían las soluciones?”.

Invitado a comentar este asunto, partí por resistirme a lo obvio: la esencia política de las preguntas. Si en el contexto de ellas se trata sólo de la *Realpolitik*, el arte de lo posible, que es el dominio de los profesionales en la gestión del poder, no tengo ninguna competencia para opinar. Por otro lado, si la política que interesa es la que se basa en el análisis cuidadoso de los fenómenos y variables que definen los posibles escenarios en que se mueven los protagonistas y actores políticos, siguiendo las conductas inteligentes que provoca la gestión del poder y los posicionamientos tras el mismo, ése es el mundo de los analistas y científicos políticos, al cual también soy ajeno. Mi aporte sólo puede entenderse si los editores buscan una o más opiniones “políticamente irresponsables”, en el sentido de que sus autores no necesitamos cuidar las consecuencias, porque no tenemos responsabilidades ni de gobierno ni de partido ni de academia ni de gremio alguno, pero poseemos, eso sí, una preocupación angustiada por el destino de la ciudad grande, nuestra polis, que es todo el país. Y en tal sentido, y sólo en él, me siento cómodo con el tema. Ahora, como dice Nicanor Parra: “Suban, si les parece. / Claro que yo no respondo si bajan/ echando sangre por boca y narices”.

El derecho a la irresponsabilidad conlleva también la obligación de resistirse al sentido común en que vivimos. Así, por ejemplo, la última pregunta del enunciado original, “¿cuáles serían las soluciones?”, expresa una de esas obviedades invisibles que constituyen buena parte de nuestro sentido común: según él, una vez que describimos un problema o reconocemos una insuficiencia, debiéramos ser capaces de formular la solución. ¿Pero qué pasaría si el problema no tuviera solución?; ¿si estuviéramos condenados a no ser felices?; ¿si volviéramos al sentido común del valle de lágrimas, en que la felicidad es sólo una posibilidad escatológica?

Otro ángulo del sentido común que ofrece dificultades surge de los enunciados sobre pesimismo y felicidad.¹ El primero es un estado de ánimo que lo mismo se puede adscribir a un individuo que a un colectivo. Eduardo Sabrovsky² ha escrito un interesantísimo ensayo sobre el pesimismo, que él llama *desánimo*, y lo ha descrito como una condición contemporánea no sólo colectiva sino que prácticamente universal y que, además contagia, como el caso de un arquero deprimido que arrastra a la derrota a todo su equipo, luego a la hinchada y, por fin, a la nación entera.

1 Casualmente, título de una nota sobre Schopenhauer en el suplemento literario del día en que escribo esto (*Revista de Libros de El Mercurio*, 24.02.2001).

2 Sabrovsky, E. “El Desánimo”, Ensayo sobre la condición contemporánea, Edic. Nobel, Oviedo, España, 1996.

1. Marco general

La felicidad parece asunto más personal que el pesimismo. De hecho, las diversas tradiciones cristianas que centran la vida humana en el proyecto de salvación, que distingue a su vez entre los *benditos*, que gozarán de gloria eterna, y los *malditos*, que sufrirán eterna pena, sólo son coherentes si la felicidad es asunto personal. En el mismo sentido, cabe citar el que debe ser uno de los primeros documentos políticos oficiales en que se habló explícitamente de la felicidad: “Afirmamos que las siguientes verdades son evidentes: que todos los hombres son creados [nacen]³ iguales; que son dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables; que entre éstos se hallan la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad [happiness]”.

Por otro lado, una investigación somera de los clásicos griegos muestra una coincidencia con la visión cristiana, en cuanto la felicidad es asunto fundamentalmente ético, y también una disidencia importante con ella, pues liga directamente la felicidad con la política y con las condiciones fundamentales de la convivencia civil (la vida en la ciudad). Recorriendo diversas interpretaciones de los filósofos, los políticos y aun de los psicólogos, aparecen oscilaciones entre visiones de la felicidad como asunto o problema individual y, en el otro extremo, interpretaciones o teorías en que la felicidad o desdicha es tarea o construcción colectiva, política. Entre ambos extremos está una interpretación estadística, en que se presenta la felicidad total como la sumatoria de las felicidades individuales, con la posibilidad de maximizar una función de utilidad.

Los que han reflexionado sobre estos asuntos siempre han pensado en sociedades bien delimitadas: la ciudad o la nación. Sólo recientemente han adquirido importancia los estados de ánimo universales, tal como el que estudia Sabrovsky. Sin embargo, ya hubo, a comienzos de los setenta, un ciclo de estudios en que se pretendía, si no explorar la felicidad de la sociedad global, al menos las condiciones de supervivencia de una humanidad que crecía en número y en capacidad de consumo a un ritmo preocupante. Fueron los famosos y hoy desprestigiados estudios del Club de Roma, asociados con nombres como Meadows, Forrester, Ehrlich y Laszlo. Sobre la base de modelos computacionales,⁴ estos autores proyectaron diversos escenarios de población, recursos y contaminantes que mostraban que el sistema global ya entonces estaba en serio riesgo de dejar de ser viable. Si bien en la realidad no se han dado todas las características de los peores escenarios, y algunas espectaculares innovaciones tecnológicas y financieras combinadas con una completa reestructuración política global han abierto espacios entonces imprevistos, la verdad estricta es que la importante fracción de las predicciones que se ha cumplido confirma que ya hay algunos límites sobrepasados, mientras las revisiones con modelos mejorados muestran que, en ciertas dimensiones, el futuro aparece ahora como mucho más sombrío que el proyectado en 1970.⁵

3 La palabra entre corchetes pretende aclarar el sentido de la traducción literal.

4 Avanzados para entonces, cuando el MIT adaptó el *software* DYNAMO para los modelos globales, pero muy rudimentarios, comparados con modelos contemporáneos, como, por ejemplo, los usados para simular la evolución de las temperaturas atmosféricas o las características de la capa de ozono.

5 Meadows, D. L., Randers, J. “Beyond the Limits”, Earthscan Publ. Londres, 1992. Ver también toda la serie de los anuarios *State of the World*, publicados por The Worldwatch Institute de Washington, DC.

Esta referencia a condiciones y estados de ánimo globales o universales podría aparecer desmesurada en el contexto de una pregunta sobre la infelicidad de los chilenos. Sin embargo, al comprobar que mucho del optimismo y exitismo que surgiera en algunos medios chilenos en otras coyunturas se ha debido en gran medida al éxito nacional en insertarse (al menos económicamente) en un mundo global, no debiera sorprender que tanto el desánimo mundial como algunos de sus fracasos sean parte de nuestro pesimismo actual (todavía hipotético). Entre estas irradiaciones mundiales se deben incluir efectos especialmente nefastos que sufrimos en Chile por causa de la globalidad, como el “agujero de ozono”, por ejemplo, que nos afecta en mayor medida que a nadie, a pesar de nuestro aporte insignificante a las cadenas causales que lo provocan.

2. ¿Cómo hablar de la felicidad?

Parto por confesar que si me pidieran mis calificaciones para opinar sobre felicidad o desdicha, tendría que reconocer que no sé más de una ni de otra que el hombre de la calle. Asumiendo pues mi desnudez frente al tema, miré en el diccionario: “*Felicidad: placer, complacencia del ánimo al poseer un bien cualquiera*”; “*satisfacción, júbilo, gusto*”; “*situación de ser para quien las circunstancias de su vida son tales como las desea*”.⁶ O sea, la felicidad oscilaría entre el placer de poseer cualquier cosa y la circularidad del deseo o, siendo más duro, entre la banalidad y el azar. Supuesto que mis posesiones tengan el potencial de hacerme feliz, si mis circunstancias no son exactamente las que yo deseo, estoy condenado a la desdicha. A pesar de mi desilusión con el diccionario, insistí en explorar su definición con los términos antónimos a “felicidad”, vale decir “desdicha”, “dolor”, “pena” y “sufrimiento”. Mi desencanto fue todavía mayor; no sólo estaban definidas unas palabras en función de las otras, sino que el libro no lograba dar cuenta de ninguno de los matices propios y distintos que el sentido común más elemental es capaz de asignar a cada una de tales palabras.

Para profundizar en las raíces de la idea de felicidad, revisando a algunos filósofos señeros, me sorprendí, desde mi perspectiva contemporánea, con que casi todos esos maestros ligaban la felicidad, en primer lugar, a la ética. En uno de sus muchos pasajes sobre el tema, Platón pone en boca de Sócrates lo siguiente: “Afirmo que quien desea ser feliz debe buscar y practicar la templanza [sobriedad], y arrancar del vicio con la mayor decisión; y debe ordenar su vida de modo de no necesitar ser castigado; pero si él o cualquiera de sus amigos, ya sea como un individuo o como toda la ciudad [sociedad] merece castigo, debe hacerse justicia y, al sufrir el castigo, él será feliz... Todo hombre debiera dirigir sus energías y las del estado a este fin, de modo de gozar de la templanza y la justicia, y, por tanto ser feliz, sin ceder a sus pasiones ni dejarse arrastrar a una vida de robos; porque en tal caso no sería amigo de los dioses ni de los hombres, porque es incapaz de comunión [solidaridad], y por tanto, incapaz también de dar amistad”.⁷

6 Moliner, M. “Diccionario de uso del español”, Ed. Gredos, Madrid, 1975.

7 Platón-Gorgias, adaptado de la traducción inglesa de B. Jouvett, versión “The Great Books”, Universidad de Chicago, 1952, págs. 284-285.

De modo que para el viejo Sócrates (o para su gran cronista), la felicidad era ante todo asunto de practicar las virtudes principales (la justicia y la templanza⁸) en un contexto de interés público, al punto que, si la salud moral de la ciudad lo requería, el ciudadano debía ser feliz en recibir el castigo adecuado. Y el criterio último de la felicidad era mantener la amistad de los dioses y los hombres (con los cuales es indispensable la “comuni6n”). No hay aqu4 ni un asomo de posesi6n de bienes o de circunstancias propicias (como en el famoso diccionario), y sospecho que esta interpretaci6n socrática de la felicidad no est4 muy cerca de aquella que parecemos echar de menos los chilenos. ¿O tal vez me equivoco radicalmente, y lo que nos falta es precisamente que se restaure la justicia y que los que merecen castigo, lo reciban y, a trav4s de su aceptaci6n, recuperen la solidaridad y la felicidad?

La visi6n plat6nica de felicidad en la justicia y la virtud ha reaparecido s6lo ocasionalmente en las tradiciones filos6ficas y teol6gicas de Occidente. En el primer sentido, est4 muy cerca del criterio kantiano sobre el correcto obrar; en el segundo, algunas interpretaciones jud4as y otras protestantes, cercanas al calvinismo, colocan la aceptaci6n de la justicia divina en la base de la condici6n humana. La felicidad plat6nica alude claramente a la ciudad y, adem4s, exige la virtud en grado heroico, de manera an6loga a algunos h4roes de la literatura, como Ant4gona.

Arist6teles, a menudo en desacuerdo con su maestro, parte diciendo algo muy distinto respecto de la felicidad: “... y por tanto, llamamos final, sin ning6n calificativo, a aquello que es siempre deseable por s4 mismo... Eso es, de preferencia a cualquier otra cosa, lo que llamamos felicidad. Este bien 6ltimo, *autosuficiente*..., no se aplica a la vida solitaria sino vale tambi4n para los padres y los hijos, la esposa, los amigos, y los ciudadanos en general, dado que el hombre ha nacido para la ciudad [sociedad]... Aquello que hace la vida deseable y plena, y eso es la felicidad: algo final y autosuficiente que, adem4s, concluye toda acci6n”.

La 6ltima referencia, algo enigmática, alude a que la *acci6n* es, para Arist6teles, el quehacer humano orientado a la producci6n de sentidos⁹ y culmina en la pol4tica (el cuidado de la ciudad por los ciudadanos), y la filosof4a (la contemplaci6n de la verdad). Y en otro lugar de la misma obra agrega “... el m4ximo bien humano (la felicidad), resulta ser la acci6n del alma de acuerdo a la virtud... a lo largo de toda la vida”.¹⁰ As4, Arist6teles vuelve a estar de acuerdo con Plat6n, y agrega algo que ser4 valorado en la tradici6n protestante: la felicidad que vale es la del balance de toda la vida (que, en el cristianismo, equivale a la salvaci6n). As4, Arist6teles es todav4a m4s exigente que Plat6n: no s6lo es la virtud, y la felicidad, una obligaci6n del ciudadano exigible por la ciudad, sino que ella se puede reivindicar s6lo al final de una vida virtuosa. Interesa se1alar que Arist6teles ya revel6 el v4nculo entre la felicidad y una idea de m4ximo: al ser la felicidad el fin 6ltimo, autosuficiente, hay aqu4 el comienzo de una valoraci6n cuantitativa, que se repite en los te6logos cristianos (que hablan del *summum bonum*, lo m4ximamente deseable), y que adquiere una connotaci6n muy distinta en la teor4a moderna de la utilidad.

8 Reconocidas como dos de las cuatro virtudes llamadas cardinales en la tradici6n cristiana; a las que se suman las otras dos, que son la prudencia y la fortaleza.

9 La ausencia de sentidos o la debilidad en la producci6n de los mismos es, para algunos autores contempor4neos, como el ya citado Sabrovsky o el psiquiatra Victor Frankl, la ra4z del pesimismo y des4nimo contempor4neos.

10 Arist6teles, “Ética a Nic6mano”, adaptado de la traducci6n inglesa de W. D. Ross, versi6n “The Great Books”, Universidad de Chicago, 1952, p4gs. 342-343.

Algunos grandes filósofos modernos –Pascal, Spinoza y Kant– desarrollaron sus propias interpretaciones de la felicidad, todas ellas muy cercanas al conocimiento y práctica de la virtud. Por contraste, a los principales pensadores políticos, desde el prerrenacentista Macchiavelli hasta John Locke, les preocupaban más los principios para el mejor uso del poder y, en algunos casos, el bien común o de los ciudadanos. La culminación de esta corriente nos lleva a las ideas de Jeremy Bentham que recobra la preocupación por la felicidad y sus expresiones cuantitativas, y la condensa en el principio de la máxima utilidad, la que, en cierto sentido, también trivializa las preocupaciones más profundas de los filósofos anteriores. Sin embargo, desde la perspectiva contemporánea es importante repasar estas ideas que fueron profundizadas más tarde por J. Stuart Mill. Según Bentham:¹¹ i) la naturaleza ha puesto al hombre bajo el poder de dos soberanos: el dolor y el placer; ii) se define “utilidad” como la propiedad de un objeto¹² cualquiera de producir beneficios, ventajas, placer o felicidad, o de prevenir la ocurrencia de daño, dolor, mal o desdicha; iii) el principio de máxima felicidad establece como objetivo deseable la mayor felicidad para el mayor número posible, o su equivalente, la maximización del placer y minimización del dolor o, a su vez, la máxima utilidad en el conjunto. Este enfoque cuantitativo, ingenuo pero práctico, reflejado muy bien en el actual “people meter”, era invocado por Mill también como el gran fundamento ético de la convivencia social, lo que, a su vez, lo obligó a toda clase de volteretas lógicas con el fin de demostrar que sólo las acciones virtuosas deben proporcionar placer y felicidad genuinas.

La inversión valórica realizada por los utilitaristas respecto de lo que había valido desde los griegos hasta Kant, a saber que la vida plena o deseable para el conjunto (de la ciudad o la sociedad) era el fin último, y por tanto la felicidad se transformó en que la maximización de la utilidad definía la felicidad. Es evidente que de aquí a la absolutización del mercado hay un solo paso, muy corto, porque si la utilidad es una propiedad de las cosas, como afirmaba Bentham, y el mercado es el mejor (y único) mecanismo para maximizar la producción de bienes y servicios deseables, la conclusión es obvia. Les faltó agregar lo que ya intuían algunos economistas: el óptimo global se alcanza cuando no hay ninguna barrera comercial (y el mejor productor abastece el mercado universal). Y la otra consecuencia inevitable, que Marx especificó a su modo: el desarrollo económico transforma toda acción humana en mercancía, susceptible de transarse en un mercado.

Ha desaparecido todo vestigio de la pretensión platónica sobre la justicia y la templanza como condiciones de la felicidad, que consistía en la amistad entre los hombres y con los dioses, vale decir un principio de convivencia anterior al placer causado por la utilidad de las cosas poseídas.

Como en todos los casos se trata de argumentos circulares,¹³ es imposible mediante el puro análisis elegir entre la visión clásica y la utilitarista de la felicidad. Mirando la condición chilena, en un

11 Bentham, J. “An Introduction to the Principles of Morals and Legislation”, Londres, 1789.

12 Una inconsistencia evidente de esta teoría es definir la utilidad como propiedad de los objetos, a pesar de que el juicio sobre la tal utilidad es una capacidad exclusiva del sujeto. Esta precisión simplista es anterior a las mejores interpretaciones actuales, que han descalificado las categorías de *sujeto* y *objeto*.

13 No es este el lugar para desarrollar el punto, pero uno de los aportes a la lógica de las matemáticas y la filosofía del siglo XX es que todos los argumentos fundamentales son circulares, necesariamente. De ahí la necesidad de la hermenéutica que han defendido Heidegger y Gadamer, principalmente.

momento en que tenemos más prosperidad, bienes y servicios que nunca antes, uno podría adelantar la pregunta y plantear si somos efectivamente desdichados, ¿lo seremos más por falta de posesiones gratificantes o por malos fundamentos de la convivencia? Si fuera lo primero, podría ser que Stuart Mill tuviera, en definitiva, la razón práctica y de lo que se trata es que nos atrevamos a consumir más para que el motor económico acelere, tal como nos lo predicán a diario.

Entre las reflexiones posteriores a Mill sobre la felicidad, una de las más interesantes proviene de Sigmund Freud, quien, a diferencia de los filósofos ingleses, no se sentía obligado a hacer calzar sus conclusiones con ninguna moral establecida. Partiendo del enunciado pascaliano sobre la búsqueda de la felicidad, llega al mismo principio de Bentham: “es sencillamente el principio del [máximo] placer el que define el programa del propósito de la vida”.¹⁴

Pero el placer está estructuralmente condicionado a ser breve, y la felicidad no puede ser durable. “Es mucho más fácil ser desdichado... y ello desde tres orígenes: nuestro propio cuerpo [y sus dolores], el mundo externo, con sus fuerzas ciegas... y nuestras relaciones con los demás...”. A partir de estos enunciados, Freud comprueba la mayor importancia práctica de defenderse del dolor y la infelicidad más que de buscar el placer, y estudia las defensas contra la infelicidad que, con su gran sentido práctico, llama los “sustitutos de la gratificación”, entre los que destaca dos: las neurosis y las psicosis. Reconoce también los aportes a la felicidad desde el dominio de la ilusión y la fantasía, entre los que incluye las religiones, y sintetiza su visión psicoanalítica: “La felicidad es cuestión de economía de la libido en cada individuo”, a la vez que distingue dos formas de libido: la erótica y la narcisista. Cada una de ellas desarrolla de forma distinta la “irresistibilidad de los impulsos perversos y la magia de lo prohibido”. De esta manera, hasta los placeres más sublimes del arte y el conocimiento pueden reflejar sólo los éxitos de la libido erótica o la narcisista.

Aunque no es posible en un párrafo tan apretado ser justo con la originalidad del pensamiento de Freud, se lo ha citado por la distancia que él establece frente a las tradiciones anteriores: no pretende ni buscar la compatibilidad entre sus interpretaciones y la moral, ni resolver la coherencia entre pulsiones individuales y la felicidad de la sociedad, ni tampoco proyectar su teoría hacia modelos ideales, sean para la vida individual o la colectiva.

En paralelo, con el poco vuelo de las ideas utilitaristas, la crítica de Nietzsche a la moral y la política parece haber destruido toda posibilidad de entusiasmo con el tema de la felicidad por parte de los filósofos del siglo XX. Un examen general de la obra de dos de los pensadores universalmente más respetados, aunque muy opuestos entre sí –Heidegger y Habermas–, no detectó ninguna alusión de ellos al tema de la felicidad. Hablan de realizaciones positivas, como autenticidad, obra y comunicación; y negativas, como angustia, miedo, incomunicabilidad, pero no de felicidad ni desdicha. Frente a estos silencios, se optó por el análisis “neoaristotélico” de Hannah Arendt.¹⁵ Ella examina los desarrollos históricos que en Occidente han contribuido a la felicidad o a la desdicha de los individuos y concluye, inspirada en los clásicos, que a partir de la acción humana, la técnica y la relación del hombre con la naturaleza destruyen la capacidad humana de “construir sentidos (o significados)”.

14 Freud, S. “Civilization and Its Discontent”, Versión “The Great Books”, p. 772, Universidad de Chicago, 1952.

15 Arendt, H. “The Human Condition”, Universidad de Chicago, 1958.

En resumen, del examen de los pocos pensadores citados se pueden deducir las preguntas principales que en relación a la felicidad o desdicha reconoce en una sociedad dada:

- ¿Hay expresiones claras y relativamente consensuales sobre los factores y acciones reconocidos como significativos para los placeres y dolores individuales,¹⁶ vale decir, las funciones de utilidad compartidas?
- ¿Hay algún reconocimiento y relativo consenso sobre las “producciones de sentido” vigentes en la sociedad, más allá de las expectativas de abundancia en todos los mercados?
- ¿De dónde provienen las normas y pautas de convivencia social que ordenan los placeres legítimos y las condiciones de solidaridad frente a la desdicha?
- ¿Cómo funcionan los espacios de libertad para esa economía de la libido que Freud reconocía como indispensable para las felicidades individuales?

Y por supuesto que todo lo anterior supone que esa “sociedad dada” se reconoce como tal, de alguna manera que es clara, al menos al interior de ella.

3. ¿De qué sociedad chilena hablamos?

Los chilenos somos un conjunto inequívoco, legalmente definido, pero no necesariamente idéntico a la sociedad chilena. Así, hay chilenos que son residentes permanentes en el extranjero, miembros de hecho de otras sociedades; así como hay extranjeros, y cada vez más, que residen en nuestro territorio, algunos de los cuales se sienten parte de la sociedad chilena, aunque ésta no siempre quiera acogerlos como propios.

Pero no se trata sólo de estas indefiniciones o ambigüedades marginales. Al tiempo de preparar estas notas, hay dos temas desgarradores en el ámbito nacional: los conflictos en que participan comunidades mapuches y los juicios contra Pinochet y otros generales de primer rango. También hay un tema más amplio que empieza a desconcertar a todos los sectores: el alto nivel de desempleo, que se insinúa como una condición inexplicada por los argumentos macroeconómicos convencionales y que puede provocar una escisión social insalvable.

El primer asunto lleva a preguntarse por la medida real en que los mapuches son parte de la sociedad chilena; el segundo, por la posible existencia de un sector pinochetista “duro” que, siendo parte de esta sociedad, puede sentir pesimismo y desdichas distintas a los del resto de ella. Por último,

¹⁶ Que no son invariantes propios de la naturaleza humana sino que incorporan derivas culturales específicas, como lo demuestra la pasión por los toros y por las procesiones de flagelantes de algunas sociedades latinas, en contraste con la obsesión inglesa por las apuestas o la escandinava por los baños entre los hielos, seguidos de azotes con ramas de abedul.

el desempleo plantea una pregunta sobrecogedora: ¿estaremos frente a un problema radicalmente nuevo, con su contribución perversa a la desdicha y potencialidad de fragmentar la sociedad, frente al cual somos impotentes? (¿No habrá problemas que no tienen solución?).

Dejemos de lado por ahora la condición de los grupos más disidentes, mapuches o pinochetistas. Miremos una segmentación de nuestra sociedad de uso cotidiano y aceptado, al punto de constituir una clasificación casi oficial, la llamada “Matriz de Clasificación Socioeconómica”,¹⁷ que se usa en todos los estudios de mercado de las empresas privadas y también en las investigaciones del sector público que deben definir segmentos prioritarios o de focalización.

La matriz distingue en la práctica cinco grupos que llama AB (ABC1), CA (C2), CB (C3), D y E. Sobre la base de esta ordenación, se clasifican las personas según su nivel de educación y actividad. Así, en el extremo inferior están los “trabajadores informales con educación básica incompleta” (E); y en el superior, “los altos ejecutivos y profesionales independientes de gran prestigio, con educación de posgrado” (A). En la matriz completa, de 7 x 6 elementos, hay otros cuarenta grupos intermedios con todas las gradaciones posibles. La racionalidad del mercado produce viviendas, modas, automóviles y colegios, orientados a grupos específicos de la matriz, de modo que los ciudadanos viven, se educan, se visten y se divierten sólo en el grupo de sus pares.¹⁸ Las clases sociales no están ahora determinadas por las “relaciones sociales de producción”, como quería Marx, sino por las “relaciones sociales de consumo”, vale decir por la forma específica de sus funciones de utilidad, en el sentido de Bentham. Para verificar con un ejemplo la fuerza de los procesos de segmentación, se accedió a la clasificación de los hogares de las comunas del Gran Santiago (Estimación de ADIMARK 2000, en fuente citada). Entre las 34 comunas se identificó a cinco (Vitacura, Providencia, Las Condes, La Reina y Ñuñoa), en las que más del 60% de los hogares eran AB o CA. También sucedió que, entre ellas, las con mayor índice de pobres (E) afectaban a sólo el 2,7% de los hogares (Ñuñoa y La Reina). Por otro lado, se identificaron las cuatro comunas que tenían más del 70% de los hogares en D o E: El Bosque, La Pintana, Lo Espejo y Renca. La división territorial de la ciudad desde el punto de vista de la educación, el trabajo y el consumo es tajante.¹⁹

Una primera observación revela que la segmentación sistemática y convergente de los mercados resulta en una segregación socioeconómica muy difícil de remontar. Aunque no he accedido a indicadores relevantes, estoy convencido de que la sociedad chilena actual presenta mucho menos movilidad social que la de hace cuarenta o cincuenta años.

Una segunda cuestión lleva a preguntarse en qué medida los diversos segmentos experimentan de hecho las mismas percepciones de felicidad, desdicha y pesimismo. Dada la lógica del “marketing” y la creciente conciencia general de ser, antes que nada, consumidores, es probable que todos compartamos, en menor o mayor medida, el mecanismo utilitarista de Bentham y Mill: somos felices

17 Fuente: www.adimark.cl

18 Al evaluar universidades privadas he aprendido que un número importante de ellas define sus nichos de mercado explícitamente en función de la Matriz Socioeconómica, lo que, dado el costo de la educación para los estudiantes, resulta inevitable.

19 Para un desarrollo detallado aunque algo antiguo ver Hardy, C. “La ciudad escindida”. PET, Santiago, 1989.

en la medida en que consumimos, y desdichados, en cuanto debemos abstenernos, aunque cada uno sea feliz ABC1, C2 o C3, según le corresponda. Enfrentados a la cuestión de las desigualdades económicas, cabe recordar el optimismo de las predicciones que se formulaban hace unas pocas décadas. Cito a uno de los mayores economistas del siglo XX:

*“El problema de la escasez y la pobreza y la lucha económica entre las clases y naciones no es sino una terrible confusión, un enredo transitorio e innecesario. Porque si sólo fuéramos capaces de organizarnos para ello, Occidente dispone ya de los recursos y la tecnología para resolver el Problema Económico..., y reducirlo a una cuestión de importancia secundaria... Así... no está lejano el día en que el Problema Económico se quedará olvidado en el rincón que merece y... nuestras mentes y corazones se ocuparán de nuestros problemas reales: las cuestiones de la vida y las relaciones humanas, la creatividad, las conductas y la religión”.*²⁰

Nótese que estos últimos temas eran los mismos que, hace veinticinco siglos, Aristóteles consideraba los únicos dignos de la atención de los ciudadanos.

Dadas las noticias de estas últimas semanas, examinemos las otras fracturas más hondas de la sociedad chilena, de las que hablábamos al comienzo de esta sección.

En el contexto de los conflictos entre mapuches y otros, me sentí obligado a repasar las historias de Chile, desde La Araucana y José T. Medina hasta Jocelyn-Holt. Me convencí de que la *sociedad chilena* no ha incluido nunca a los mapuches, muchos de los cuales no se han sentido jamás chilenos. Pero la *sociedad chilena* prefiere no mirar el fondo del problema porque, en verdad, es demasiado difícil. Lo fácil sería que los mapuches dejaran rápidamente de ser lo que han sido por siglos y se integraran a esta sociedad chilena que ha sido relativamente exitosa en absorber inmigrantes de muchas procedencias. Pero si se repasan los casi cinco siglos transcurridos desde que los mapuches detuvieron el avance de los conquistadores españoles, al sur del Biobío, al precio de centenas de miles de sus vidas (y decenas de miles de vidas españolas²¹), se comprueba la tozudez mapuche y cabe al menos la sospecha de que los triunfos militares del gobierno chileno (en representación de la *sociedad chilena*), en la segunda mitad del S. XIX, no fueron la mejor manera de iniciar la pretendida integración. Las políticas posteriores al sometimiento militar parecen haber tenido pocos efectos positivos en las realidades de vida de los mapuches.²²

En el censo de 1992 hubo casi exactamente un millón de habitantes que se reconocieron como miembros de “etnias”, de los cuales más del 92% se dicen mapuches y casi medio millón de ellos están en Santiago, aunque nosotros –los no mapuches– no los vemos. ¿Qué tiene de raro entonces que ellos

20 Keynes, J.M. “Essays in Persuasion”, Prefacio, Harcourt, Brace & Co., NY 1932. Compárese el optimismo keynesiano con la desesperanza de H. Arendt respecto a la posibilidad de recuperar las capacidades de producción de sentidos.

21 Encina, Fco. A. “Historia de Chile”, Edic. Ercilla, 1983, v. 2, p. 66: “En 1664, Jorge Eguía y Lumbe computaba veintinueve mil españoles muertos en la guerra de Arauco. Hacia esa misma fecha, el número de indios auxiliares sacrificados excedía de sesenta mil, y el de mapuches triplicaba esa cifra”.

22 Bengoa, J. “Historia del pueblo mapuche”, Siglos XIX y XX, Ediciones Sur, Santiago, 1985.

persistan en defender su identidad? En consecuencia, me atrevo a afirmar que los mapuches, cuyo número real es probablemente bastante superior al detectado en el censo, no son parte real de esta sociedad chilena que intentamos precisar, y no veo razón alguna para suponer que ellos participan en los ciclos de optimismo y pesimismo que le puedan ocurrir a esta sociedad, cualesquiera que dichos ciclos sean, ni que sus criterios de felicidad o funciones de utilidad sean idénticos a los nuestros.

Un fenómeno aparentemente muy distinto a la cuestión étnica es el de la pobreza dura (¿asimilable al segmento E de la matriz socioeconómica?). Justamente el muy desusado período de prosperidad prolongada que culminó hacia 1998 mostró la desconcertante condición de una fracción significativa de los habitantes del territorio que parecen esencialmente marginados de los mecanismos y procesos de mejoramiento económico. Las mediciones nacionales de pobreza se realizan a través de las encuestas Casen, que para 1998 mostraban un gran progreso de los índices respecto de 1990, pero indicaban todavía un 21,7% de toda la población en condiciones de pobreza y un 5,6% en indigencia. Aunque no hay índices igualmente rigurosos de la llamada pobreza dura (la que sufren los sectores que parecen incapaces de mejorar nada, a pesar de las dinámicas económicas positivas y del gasto social focalizado), ésta se encuentra claramente por sobre el nivel mínimo señalado para la indigencia en 1998. Puesto que los sectores más pobres, que incluyen a los trabajadores menos calificados, son los más sensibles a los fenómenos de aumento del desempleo, la pobreza dura debe abarcar una cifra muy parecida a la del quintil I. Con toda probabilidad él incluye a la gran mayoría de los indígenas, pero, evidentemente, afecta también a un número importante de chilenos que no se sienten indígenas.

Aunque es preciso cuidarse del reduccionismo de identificar pobreza con pesimismo e infelicidad, vale la pena registrar al menos la preocupación por la probable marginación de este importante número de ciudadanos de posibles estados de ánimos generales, especialmente de aquellos más próximos al optimismo. Esta preocupación se hace todavía más significativa cuando se examina, junto con las posibilidades de movilidad social, las condiciones reales de acceso al trabajo. A pesar de las predicciones de Keynes ya citadas, el trabajo sigue siendo la principal, si no la única, fuente de ingresos propios para todos los sectores pobres. Y con los relativamente buenos índices de empleo que existieron hasta 1998, se insiste en que la recuperación de los niveles de inversión restaurará los anteriores niveles de empleo. Una serie estadística del principal indicador pertinente sugiere, no obstante, que puede tratarse de una ilusión sin fundamento. En efecto, durante los últimos quince años la tasa anual de *crecimiento del empleo* ha disminuido en forma continua y significativa, **independientemente de los niveles de inversión y de crecimiento del producto**. Entre 1987 y 1990 dicha tasa anual de crecimiento del empleo fue de 4,3%; entre 1991 y 1994 bajó a 3,1%; de 1995 a 1998 volvió a bajar a 1,7%, y en 1999 fue negativa, de -2,2%.²³ Parecería que, en todas las condiciones de inversión, la productividad ha crecido más que la demanda de trabajadores. Esta nueva tendencia vale, aun con mayor fuerza, a escala mundial. Las grandes inversiones producen cada vez menos nuevos puestos de trabajo: a menudo, no producen ninguno.²⁴

23 Büchi, H. *El Mercurio*, 06.02.01, P. B2.

24 Por razones profesionales me tocó participar en los procesos de privatización de algunas empresas sanitarias. En todos los casos, los inversionistas se comprometieron a cuantiosas nuevas inversiones, siempre que se les permitiera reducir drásticamente la fuerza laboral.

Con el objeto de resistir la identificación mecánica de pobreza con desdicha, quiero referirme también al tercer grupo, no necesariamente pobre, que aparece cada vez más distanciado de lo que uno intuye como los estados de ánimo generales de la sociedad chilena: el largo proceso de enjuiciamientos sufrido por el general Pinochet y que ha resultado en la reducción cuantitativa de sus partidarios y grupos afines. Es probable que el conjunto de los sectores que se sienten todavía cercanos al ex mandatario sea muy inferior a ese 43% que le apoyara en el plebiscito de 1988. Es también posible que los partidarios más acendrados se identifiquen ahora todavía más intensa y perfiladamente con los valores pinochetistas y su modelo. Entre paréntesis debo señalar que, a diferencia de la mayoría de los análisis políticos en boga, creo que el pinochetismo es un modelo político mucho más original, nefasto y poderoso de lo que se lo ha considerado. Creo también que el encanallamiento²⁵ en que cayó el régimen mientras detentó el poder, y que está quedando registrado con todo detalle en los tribunales de justicia, no fue un accidente. No es esta la oportunidad para fundamentar estas aseveraciones, pero dicha fundamentación tampoco es indispensable para el argumento relevante, que atañe sólo a la sospecha de que los pinochetistas no participan de las tendencias al optimismo o al pesimismo del grueso de la sociedad chilena. Más bien, observando las expresiones de diversos sectores políticos, sociales y religiosos, y de los medios masivos de comunicación, tengo la impresión de que, actualmente, el pinochetismo es dueño de su propio desánimo.

Los tres ejemplos dados –minorías étnicas, sectores de pobreza dura y pinochetismo– han servido para sembrar la duda sobre la solidez de la sociedad chilena como sujeto de estados de ánimo colectivos. Podríamos haber identificado otras líneas divisorias, tal vez relacionadas con el territorio (Santiago versus las regiones extremas), las divisiones de las ciudades, o los alineamientos políticos o religiosos. Todos estos aspectos, más las observaciones respecto de la Matriz Socioeconómica, sugieren que la nuestra es una sociedad profundamente fragmentada y que sería sorprendente que experimentara una infelicidad o desdicha homogénea.

Y, sin embargo, en este punto es donde las visiones de los clásicos dejan de convencerme. Rumiando mi sospecha, me puse a registrar todos los posibles indicios de infelicidad, insatisfacción y sufrimiento que me llegaban del ordinario cotidiano: violencia (delincuencia y narcotráfico, accidentes, confrontaciones étnicas y locales), impotencia (frente a la misma violencia, a las inundaciones, incendios, cesantía), estrés (movilización urbana, basura y contaminaciones), frustraciones (la política, la PAA, la televisión, el fútbol), etcétera. Comprobé que estas experiencias negativas estaban ausentes de los clásicos revisados, incluso como preocupaciones. Esos sabios, desde Platón a Hannah Arendt, tenían tres características en común, que no se dan en la vida de (casi) ningún chileno: i) todos ellos habían vivido en el centro del mundo en su momento: Atenas, París, Londres, Viena, Nueva York; ii) todos habían gozado de *tenure*, en el sentido de que no necesitaron preocuparse por sus futuros;²⁶ y iii)

25 A la luz de todos los hechos criminales que, habiendo sido ampliamente conocidos durante mucho tiempo, hoy son además cínicamente reconocidos por sus protagonistas y partidarios, este duro sustantivo –“la acción y efecto de volverse canalla || alternar con gente canalla”– es una caracterización apropiada de esos protagonistas y partidarios, incluyendo a los jueces, senadores designados y elegidos, periodistas y clérigos que persisten en la justificación de los crímenes.

26 De ahí el lema *primum vivere, deinde philosophari*. Una excepción aparente fue Sócrates, el héroe de Platón. Cabe recordar sin embargo que cuando, frente a su condena a muerte, le ofrecen proponer una pena alternativa, lo que Sócrates pide –con irónicos argumentos– es que la ciudad de Atenas lo mantenga y le honre, vale decir le dé *tenure*.

todos, sin excepción, se sintieron profundamente realizados en su trabajo: reconocidos por sus sociedades y poseedores de una vida llena de sentido. Fueron seres necesarios en sus *mundos-de-vida*, como diría otro filósofo.

Tenemos ahora algunos elementos para explorar esta extraña condición nuestra de chilenos del siglo XXI. La medida en que, tal vez, somos casi uniformemente desdichados por las tres condiciones comunes exactamente opuestas a las de los grandes filósofos: habitantes de la marginalidad, la inseguridad y la contingencia o futilidad. A ellas debemos agregar la situación que examinamos en la sección anterior: en qué medida somos desdichados por pertenecer cada uno a un pequeño nicho aislado, incapaz de *con-vivir* con el resto de eso que llamamos la sociedad chilena.

4. ¿Elementos de nuevas formas de infelicidad en el Chile contemporáneo?

Examinemos los tres factores recién mencionados y que nos distinguen de los mundos-de-vida de los grandes pensadores, a cuyas ideas sobre la felicidad nos asomamos antes.

4.1 Vivir en los márgenes del gran mundo

Si cualquier chileno contemporáneo examina el mundo de bienes y servicios en su entorno, y las formas como éstos le llegan, comprobará que prácticamente todo lo que lo rodea le es profundamente extraño, ajeno. Casi todos los productos cotidianos son importados, y cuando no lo son ellos mismos, sus diseños, componentes, repuestos e insumos provienen del exterior. Vivimos inmersos en una tecnología que nos es completamente ajena: el computador, el televisor, el auto y el metro, el teléfono estacionario o celular, pero también los zapatos, las camisas, las *parcas* y, por cierto, las bebidas y hasta los sandwiches.

Cuando era niño, la inmensa mayoría de estos productos no existía. Vivíamos con menos comodidades, pero con la ventaja de que casi todas las cosas nos eran muy cercanas: las sillas de madera y paja, los monopatines de “palo” (hoy, *scooters*), las camisas cosidas por la abuela o una costurera y los trajes hechos por un sastre, sobre la base de telas fabricadas localmente por los industriales de origen árabe, que no “golondrineaban” con sus capitales. Los sandwiches se llamaban Barros Luco y Barros Jarpa, en honor de aristócratas locales, y la leche fresca, a veces aguada, venía de establos cercanos a la ciudad.

La lista de comparaciones podría hacerse casi infinita y, en general, la calidad (abstracta) de lo que ahora nos sirve, posiblemente es muy superior a lo que podíamos comprar entonces, salvo, tal vez, los hoy extinguidos erizos y locos. ¿Dónde está entonces el problema? En que la tecnología es, como lo ha argumentado un filósofo,²⁷ parte de la ontología humana, del modo de ser. Está encarnada en la vida individual y social, llegando a ser ingrediente constitutivo de una cultura y, cuando es

27 Heidegger, M. “The Question Concerning Technology”, Harper & Row Publ., NY, 1977.

completamente importada y no somos sus amos, ella se transforma en el amo: la servimos con la pasividad del esclavo. No la entendemos, no la regulamos ni controlamos, ni en sus cambios, ni en sus consecuencias, ni en sus implicaciones positivas o negativas. Como dato ilustrativo, el 30% de los ingenieros estadounidenses trabaja en la actividad técnica llamada “desarrollo” (que consiste en encarnar la tecnología en nuevos productos y servicios reales).²⁸ Esto significa que cerca de medio millón de expertos muy calificados y productivos están trayendo al mercado miles de nuevos productos y servicios cada día, con las consecuentes exigencias de nuevas inversiones, cadenas de comercialización y demandas por decenas de miles de nuevas competencias y destrezas. En Chile, el correspondiente porcentaje de expertos es ínfimo y, en números absolutos, tal vez llegue a algunas centenas de profesionales relativamente improvisados.

Esta dependencia tecnológica es un hecho muy estructural, tal vez inmodificable. Ni las políticas de gobierno ni las becas en el extranjero ni las iniciativas de la empresa privada (casi inexistentes, por lo demás) pueden transformar esta condición. Mientras más exitosos seamos en insertarnos en la globalidad, más dependientes seremos de las nuevas tecnologías, y más nos engolosinaremos con banalidades que si bien nos gratifican y nos *adiccionan* –TVcable, *chateo*, *celuleo*...– nos tornan impotentes en su rediseño, adaptación y control...

La paradoja de la dependencia tecnológica es muy sorprendente: cada nuevo producto o servicio importado tiende a satisfacer mejor alguna necesidad real o inducida (a producir utilidad, en el sentido de Bentham), pero también acarrea otras tres consecuencias que no controlamos: i) nos pone en un nuevo punto de partida con desventajas como usuario (tenemos que reeducarnos para manejar algo extraño, sea una escala mecánica o una tarjeta de parquímetro); ii) tiende a crear menos puestos de trabajo que los que destruye, porque los cargos realmente productivos, asociados con la ingeniería de *R&D*, los creó en el país de origen (todos los *silicon valleys* reales); y iii) independientemente de nuestras inversiones y aprendizajes, será reemplazada cuando lo sea en las metrópolis, según la inescapable lógica pertinente a ellas.

Esta es mi principal razón para pensar que el desempleo que estamos viviendo es mucho más estructural de lo que los economistas y políticos creen, y para sospechar que, en el mediano plazo, ese desempleo va a ser cada vez más grave, independientemente de los incentivos a invertir. Aunque me parecen muy respetables todos los muchos esfuerzos públicos y privados para mejorar la educación y las calificaciones de la fuerza de trabajo, y participo personalmente en ellos, creo que, desgraciadamente, tales iniciativas son impotentes frente al problema de fondo: cómo sumergirnos en la cultura tecnológica global que se irradia desde el Hemisferio Norte. A veces se propone el consuelo de una posible ventaja en el atraso tecnológico, puesto que la tecnología de base científica implica muchos elementos negativos o perversos y el atraso nos ayudaría al menos a librarnos de tales males. Por desgracia, la evidencia práctica parece demostrar lo contrario: la mayoría de los antídotos contra esos males (ambientales, de salud, etcétera) dependen cada vez más de nuevos desarrollos científicos que también son monopolio práctico del Norte.

28 Foreman, S.C. “The Introspective Engineer”, St. Martin Griffin, NY, 1996, p. 118.

Más allá de la inmensa dificultad del desafío tecnológico, intuyo, tal como lo hizo George Soros, que los mercados liberalizados contribuyen a agrandar la desigualdad y no a disminuirla²⁹ y que, en ausencia de un nuevo orden internacional de carácter ético y de nuevos y originales instrumentos de modulación y regulación tecnológica a disposición de organismos internacionales y de los estados nacionales, las espirales de revoluciones tecnológicas ajenas serán causa de más desdicha que felicidad en nuestro mundo marginal. No logro imaginarme ninguna posibilidad de que las capacidades autorreguladoras del mercado alteren esta situación.

4.2 La inseguridad como ingrediente esencial de los mercados globales

Así como el explosivo avance tecnológico irradiado desde los focos más desarrollados ayuda a recoger hacia tales focos una gran rentabilidad globalmente distribuida, la dinámica de los mercados financieros concentra también ahí las decisiones estratégicas –fusiones o *mergers*, *OPAs*, flujos de capital golondrina³⁰–, mientras distribuye las consecuencias negativas principalmente hacia las periferias. Ni este efecto ni la irradiación tecnológica tienen nada que ver con una conspiración malvada; responden sólo a la lógica de la eficiencia y la eficacia financiera y empresarial, y a la mayor capacidad de negociación política de los estados ricos. Si dos gigantes del automóvil o la energía se fusionan, sus decisiones para la mejor gestión pueden incluir cierres, paralizaciones o reemplazos de plantas en los países periféricos, independientes de las voluntades políticas, poderes y realidades sociales de esos países.³¹ La creciente articulación global aumenta la inseguridad en lugar de disminuirla. Hace poco una crisis en Turquía, economía relativamente insignificante, causó un pánico mundial del tipo efecto mariposa.

Cuando se puso de moda la estrategia de reestructuración de negocios, ella se asoció con un discurso y un mensaje publicitario que fueron obras maestras de manipulación, ingenio e ingenuidad, todo mezclado. Cada reestructuración se vendía a los trabajadores con el argumento de que era la única estrategia para mantenerse competitivos (lo que era generalmente cierto), especialmente después de que algunos competidores ya habían completado su proceso y los otros estaban por empezarlo. Los publicistas se encargaban de destacar las mejoras competitivas de la empresa y la nueva posición de liderazgo en que quedaría, como si ello fuera una perspectiva segura y permanente. Lo que callaban, y siguen callando, es que cada reestructuración inicia la preparación de la siguiente, al punto de que se trata de un fenómeno ya permanente. Como las reestructuraciones se combinan a menudo con introducción masiva de tecnología, una de sus consecuencias inevitables es la amplificada pérdida de puestos de trabajo. Otra consecuencia menos frecuente es el fracaso de la reestructuración misma, con pérdidas mucho mayores para los trabajadores y los accionistas.

Como el proceso se da principalmente desde los sectores de grandes empresas, muy tecnificadas y bien gestionadas, los trabajadores centrifugados (que están entre los más calificados y mejor pagados

29 Soros, G. "Open Society: Reforming Global Capitalism", Public Affairs, 2001, comentado en *The New York Review of Books*, v. XLVIII, N° 4, Marzo 2001.

30 Y muchas otras, cuyos mecanismos y siglas me son incomprensibles

31 Hace pocos años uno de los mayores inversionistas-operadores extranjeros en Chile sorprendió a sus socios nacionales, desconociendo el acuerdo de protección a los minoritarios y traspasando algunos de los negocios más rentables directamente a la casa matriz.

en su correspondiente mercado laboral) presionan, con cierto éxito, por puestos de trabajo en sectores menos desarrollados. En definitiva, la erosión laboral tiende a producirse hacia la periferia menos calificada y más vulnerable. De ahí, la imagen casi universal del PhD. manejando taxi que, ciertamente, ha desplazado a un chofer sin grado académico. Frente a estas amenazas, sin embargo, toda sociedad dinámica reacciona, educando mejor a sus trabajadores. En los últimos quince años, Chile ha hecho un notable esfuerzo en este sentido, casi triplicando la masa universitaria,³² pero debido a la duración del ciclo educativo y a las inercias de puesta en marcha, la producción explosiva de profesionales recién está empezando, aunque ya hay síntomas de sectores con altos niveles de desempleo de profesionales calificados.³³ Por tanto, existe una probabilidad no despreciable de que aumente el desempleo en todos los niveles de calificación. En este sentido, el único beneficio potencial de la globalización, a saber, la migración hacia las grandes metrópolis de trabajadores calificados de la periferia, no se realiza porque es la única dimensión que no se ha liberalizado. De hecho, los últimos tratados de libre comercio negociados, como el que rige con Canadá, regulan las migraciones de trabajadores en claro beneficio sólo de los más calificados e hiperespecializados, y refuerzan, por tanto, la hegemonía de las metrópolis, acentuando el desempleo en las periferias.

Así pues, los grandes procesos de concentración, tecnologización y reestructuración empresarial producen gran inseguridad laboral que puede incluso amplificarse con los bien intencionados esfuerzos de calificación. De otro lado, dicen que la disminución de salarios mínimos, que en Chile ya corresponden a condiciones de completa indigencia, podría ayudar a una disminución significativa del desempleo. Para mí, lo único evidente es que van a disminuir los ya magros niveles de consumo del sector más vulnerable.

Sólo para completar estos pocos brochazos sobre efectos perversos de la globalización quiero recordar lo que me tocó observar hace unas dos décadas en uno de los poquísimos países pobres dolarizados de entonces: Liberia. Ese satélite de los Estados Unidos en África, que fuera por mucho tiempo uno de los países africanos más prósperos (a causa también de su relación privilegiada con Estados Unidos), tuvo siempre una economía dolarizada que, en momentos de dificultad, recibía algunos millones de dólares suplementarios del Tesoro norteamericano, que bastaban para restablecer el poder de compra local. El gobierno de Reagan impuso la política económica liberal, de modo que Liberia debía ajustar los precios locales a la disponibilidad real de dólares. En circunstancias normales, esto no era muy problemático porque Liberia tenía dos grandes fuentes de ingresos: las licencias de barcos mercantes con bandera de conveniencia y una gigantesca producción de hierro. Sin embargo, junto con una caída de la actividad naviera, se produjo un derrumbe de los precios del hierro que causó tal escasez local de dólares que, a su vez, indujo a los pocos comerciantes y empresarios locales a acaparar dólares y sacarlos de Liberia. En esa época, me tocó visitar Monrovia y comprobar la inmovilización total del país. Como sé poca economía, ignoro si la experiencia de Liberia es extrapolable al actual Ecuador dolarizado y si, llegado el caso de dolarizarnos, lo sería a Chile, pero el recuerdo de los banqueros de Monrovia negociando a escondidas con oro en polvo me dice que en esto de la dolarización deben haber algunos riesgos que no nos han contado.

32 Schwember, H. "La explosión en la Educación Superior en el fin del milenio: proyecciones y precauciones" V Seminario Internacional de Educación Superior, Cepal-CSE, Santiago, Oct. 2000.

33 Según informaciones preliminares, grupos especialmente desfavorecidos son los nuevos titulados en Periodismo, Psicología, Derecho e Ingeniería Comercial, aparte de muchísimos *Ingenieros de Ejecución*.

4.3 La pérdida de sentido del trabajo

Aunque Arendt, siguiendo a Aristóteles, devalúa mucho el trabajo como fuente de sentido existencial puesto que el hombre superior, liberado de la obligación de sudar, siempre proyectará la “acción” al servicio de la ciudad (la política) o a la búsqueda de la verdad (la filosofía y la ciencia), los hombres comunes en todas las épocas posteriores al nomadismo y en todas las culturas han encontrado en sus diversos trabajos una de las principales fuentes de sentido.³⁴ Para comprobar esto, basta mencionar toda la cadena histórica, cultural y de habilidades que configuró el mundo de los artesanos, artífices y artistas, desde los egipcios y aztecas hasta el Renacimiento italiano o el mismo México moderno. En un plano más modesto, ello solía valer para la mujer realizando las labores domésticas y el cuidado de su familia y para el campesino, sembrando y cosechando. Es cierto que Marx ya intuyó la magnitud del cambio que se venía encima con la desvalorización del trabajo; sólo que, al reducir el problema a la apropiación de la plusvalía, reforzó el discurso desprestigiador del sentido del trabajo.³⁵

Cuando mi generación fue a la universidad, creíamos que nuestra profesión sería una fuente inagotable de realizaciones y satisfacciones, lo que para muchos ocurrió efectivamente. Ahora siento que, para la inmensa mayoría, el trabajo es una necesidad indispensable para sobrevivir a como dé lugar, y son muy pocos los que se pueden dar el lujo del “sentido”. Mis observaciones cotidianas registran la presencia de viejos ayudando a estacionar autos, adolescentes haciendo paquetes en el supermercado e indigentes –hombres y mujeres– empujando triciclos en medio de la noche, en busca de cartones y restos de basura. Vale decir, todo un mundo humano para el que el trabajo no encarna ninguna esperanza ni puede producir ningún sentido en sus vidas, más allá de malcomer un día más.

En otro plano, tomo el ejemplo del transporte público chileno, basado en buses peligrosos y contaminantes que atochan la ciudad, a menudo vacíos; innumerables taxis a precios irrisorios, y abundantes colectivos incomodísimos, pero a precios todavía más bajos. Esta situación no es principalmente, como proponen muchos, el resultado de la gran incompetencia técnica de los funcionarios del rubro, ni de la perversión de los empresarios, sino que es, en lo principal, el peculiar arreglo político-social para mantener trabajando en condiciones infamantes a decenas de miles de chilenos sin mejores horizontes, y para que una falange de microempresarios sobrevivan mientras se comen su capital.³⁶ Es muy probable que una mejor (y muy factible) solución técnica al problema del transporte público resulte en un drama social mucho mayor: la aceptación social de espacios de muy baja productividad es una forma importante aunque algo ruin de solidaridad.

Nuestra época, en todo el mundo y en todos los niveles, se caracteriza por la destrucción de la dignidad del trabajo, tal como lo ilustran las angustias que se producen entre los ejecutivos y expertos de las mayores corporaciones cuando son despedidos por un mensaje en el correo electrónico. Contra

34 Frankl, E.V. “El hombre en busca del sentido”, Herder, Barcelona, 1998.

35 En su análisis de las mercancías como valores de cambio (“Capital”, v. I, cap. I), Marx deja de lado para siempre el tema del trabajo calificado, de la calidad del producto, y del sentido del trabajo para el trabajador. Esta cuestión le siguió penando a toda la tradición leninista de los socialismos reales, hasta que fracasaron completamente como sistemas productivos.

36 El que recorra con atención el país verificará que todas las ciudades importantes sufren el mismo drama de Santiago; algunas, como Valparaíso y Viña del Mar, en grado todavía mayor.

la prédica ya majadera de políticos y economistas chilenos de todas las tendencias, en los países periféricos la gran inversión no crea un saldo neto de puestos de trabajo: puede mejorar servicios o entregar nuevos productos, y contribuir así a la modernidad, pero los cargos se siguen creando en los sectores menos concentradores de la economía.

Como educador, atiendo varias veces a la semana a jóvenes que se inician en sus estudios universitarios, y que todavía están mejor que sus coetáneos, que ni siquiera pudieron acceder a la educación superior. Cuando me enfrento a ellos, no puedo evitar preguntarme ¿en qué van a estar estos jóvenes en diez o en veinte años más? ¿De dónde saldrán las oportunidades, los desafíos y las preguntas equivalentes a las que les dieron sentido a nuestras vidas? No tengo respuesta.

5. Echando una mirada al pesimismo

Si retornamos al planteamiento inicial y esta vez aceptamos, junto con el diccionario, que *pesimismo* es “la propensión a ver y juzgar las cosas bajo el aspecto más desfavorable”, de aquí no se sigue necesariamente que, en caso de ser pesimistas, “no seamos felices”. El temperamento cínico tiende a combinar el ánimo pesimista respecto del futuro con una cierta satisfacción personal o grupal. La satisfacción que se expresa en “yo te lo había advertido” refleja este estado de ánimo, en el que parecen caer también grandes sujetos sociales y minorías políticas que se realizan cuando las apariencias apuntan al fracaso (del país, del modelo, del sistema, etcétera).

La precisa definición del pesimismo nos indica que él tiene que ver con una condición de ánimo y no con una característica de la realidad o situación en que se está; más estrictamente, el pesimismo implica el *desánimo* de que habla Sabrovsky, que se refiere a un estado de ánimo universal más que chileno, en que *universal* debe entenderse como la visión de los intelectuales occidentales sobre sí mismos y, por extensión, sobre diversos grupos relativamente autónomos y con capacidad de autorreflexión: los gobernantes y políticos, los inversionistas y empresarios, los científicos y los artistas, y los comunicadores de los *media*. La sumatoria de estos grupos autónomos constituye en esencia la sociedad global que experimenta y piensa la posmodernidad; los demás, las masas que consumen cuanto pueden y, en muchos casos, todavía encuentran trabajo, tienen poca voz en dicha reflexión. Así, también es probable que los que hablamos del pesimismo de la sociedad chilena, que somos los mismos que tenemos juicios sobre la posmodernidad, estemos sólo observando nuestro propio estado de ánimo.

Sabrovsky reinterpreta las visiones de Occidente desde Max Weber hasta Lyotard, vale decir desde la aprehensión del “desencantamiento de la imagen del mundo” al “ocaso de los metarrelatos que otorgaban sentido a la experiencia”. Los metarrelatos a que se alude cubren un amplio espectro, desde las “explicaciones de sentido” de carácter religioso a aquellas político-filosóficas. Son conocidas las muchas formas coherentes de sentido que las religiones otorgaban a las experiencias individuales y sociales. Similares arquitecturas de sentido provinieron de la fe positiva decimonónica en el progreso y de la crítica marxista, aunque tales construcciones de sentido se encuentran exangües. Pero, ¿tendrá que ver el pesimismo chileno con algo tan sutil como el desencantamiento de la imagen del mundo? Y de ser así, ¿qué sería lo específicamente chileno de ese desencantamiento? Y dando todavía un paso

más, ¿se alude a este desencantamiento, desánimo o pesimismo chileno como algo reciente, por oposición a un optimismo que reinara en un momento no muy lejano?

Recorriendo el medio siglo del que tengo memoria relativamente lúcida, puedo identificar períodos más o menos largos en que tuve la clara (y, por supuesto, muy subjetiva) impresión de convergencias en el ánimo positivo de diversos grupos sociales significativos, y otros períodos de divergencias. Yo tendía a identificar las convergencias positivas con momentos políticos de apertura democrática y de expansión de los grupos que se autorreconocían como parte de esa sociedad chilena. Recuerdo la segunda mitad de la década de los cincuenta, cuando se modificó la ley electoral, se abolió la llamada “Ley de Defensa de la Democracia” y se ampliaron los derechos sindicales al campesinado. Una década más tarde, el largo y complejo proceso de la nacionalización de la gran minería del cobre determinó una convergencia similar en el ánimo positivo nacional. Y algo análogo podría decir respecto de la restauración democrática a partir del plebiscito de 1988. Todos estos ejemplos reflejan mis personales valoraciones políticas, y podrían ser descalificados por grupos no pequeños con una evaluación diametralmente distinta.

En el último período señalado se da una situación todavía más paradójal que en los anteriores. Hay una fracción importante, cuyo núcleo es el pinochetismo, que tiene desde siempre una evaluación muy negativa del término obligado del gobierno militar. Pero, desde el otro lado, hay también un grupo muy significativo, casi toda la Concertación, que se pliega a las recetas y estrategias económicas impuestas finalmente por ese gobierno. Como al mismo tiempo hay una prolongada dinámica económica positiva, de acuerdo a todos los indicadores convencionales (que no incluyen la *tasa de variación del empleo*), la prosperidad que beneficia a sectores mayoritarios parece haber generado un ánimo optimista. Y si tal fue el caso, querría decir que ahora, cuando hablamos de pesimismo, estamos frente a un fenómeno de corta data, incluso bastante más reciente que el inicio de los gobiernos democráticos.

Hay algunas simplezas en la interpretación precedente porque no cabe duda de que las recetas y estrategias económicas vigentes en Chile no son independientes del fin de los metarrelatos de que hablaba Lyotard. Entonces parecería que, en el trasfondo de aquel optimismo que hasta hace poco asociábamos a la prosperidad, se escondía también el desánimo de la muerte del sentido; y esta discutible sociedad chilena que intentamos encarnar y embarcar en la globalización no lograría desacoplarse de los procesos más profundos que determina esa misma globalización.

Es tan interesante y paradójal el fenómeno que vale la pena reexpresarlo: dado que hemos tenido (un importante) éxito en transitar a la democracia aceptando las fórmulas económicas heredadas del régimen militar y, como consecuencia, somos cada vez mejor aceptados en este sistema globalizado, disfrutábamos del optimismo propio del éxito. Pero en él reina el desánimo, al comprobar que ya no creemos en ningún metarrelato que le dé sentido a nuestras experiencias y proyectos. Por tanto, caemos en el desencanto y pesimismo universales. Invirtiendo a los clásicos, hemos llegado *per astra ad aspera*, por el camino celeste al descalabro.

Por contraste, existe una visión optimista de la pérdida de sentidos, que se ha sintetizado en *el fin de la historia*.³⁷ En este caso, la muerte de los metarrelatos sería algo positivo y se asimilaría a la

37 Fukuyama, F. “The End of History and the Last Man”, Free Press, NY, 1992.

muerte de las ideologías. De este modo, los humanos seremos felices en la medida en que nos adaptemos a la competencia social por el éxito, tengamos figuración y reconocimiento; poseamos la capacidad de consumo y placer; y podamos acumular riqueza, prestigio y poder, dentro de reglas mínimas de convivencia social. Esta línea se vincula a las propuestas de Bentham y Mill sobre la utilidad, en que la felicidad se reduce a una canasta de renovados bienes y servicios producidos por la inagotable creatividad y transados en un mercado que también se expande *ad infinitum*.

Llegado a este punto y puesto a elegir entre la muerte de los metarrelatos, de acuerdo a Lyotard, y la glorificación de la banalidad consumista, tras el fin de la historia, me siento obligado, tal vez por un *demodé* imperativo categórico, a rechazar ambas opciones. La vida sin sentido me parece tan invivible que entiendo, como último refugio, de acuerdo a Freud, el del mero placer desbordado, el narcisismo erótico transformado en totalidad. Intuyo que muchos de los desbordes contemporáneos que no comprendemos cabalmente encarnan, a escala global, tal refugio último. Y sin embargo, al mismo tiempo, los indicios de nuestra realidad chilena me dicen que algunos síntomas de pesimismo e infelicidad están bien fundados.

6. ¿Remanentes de sentido?

Quizás los humanos se han encontrado antes con disyuntivas tan difíciles como las actuales y tal vez ellas contengan alguna lección útil para nosotros. Cuando la *Pax Romana* impuso en el mundo de entonces un orden único con su correspondiente jerarquía de valores basados en el primer idioma universal, el ordenamiento jurídico y la racionalidad del poder militar, las periferias de la época deben de haber sentido al mismo tiempo el fin de sus propias historias y las amenazas de muerte sobre sus mitos o metarrelatos. Entonces, desde un punto de la periferia surgió una nueva propuesta de sentido, que invitaba a aceptar al otro como igual,³⁸ el más palmario de los absurdos. Y sin embargo, en un plazo breve para la época, la propuesta galilea reemplazó completamente al proyecto imperial, destruyendo de paso todo el ordenamiento jurídico.

Mirando la globalización actual desde nuestro periférico país, podemos imaginarnos en una situación similar a la de los hebreos de entonces. Y empujando al límite la analogía, siempre puede uno esperar la aparición de un profeta mayor –no digamos al Mesías en persona– que revele un *metarrelato fundamentador de nuevos sentidos* suficientemente poderoso como para cambiar el orden del mundo y la comprensión de la felicidad. Quizás estas ansias de nuevos sentidos expliquen en parte el éxito de los *gurus* que surgen por doquier. Por desgracia, hasta aquí, ninguno parece llegarle al talón ni a Cristo ni a ninguno de los profetas antiguos. Se trata de un terreno –la venida de los profetas– en que las iniciativas humanas, mientras más diseñadas, parecen más inútiles; y sólo cabe esperar la misericordia de los dioses.

Por otra parte, el actual centro imperial, el de la *Pax Americana* reforzada por la Unión Europea y sus aliados desarrollados de Asia, tiene dos grandes ventajas que no existieron en Roma. La primera

38 Mateo, 22: 39.

y más evidente es todo el fenómeno de la dinámica tecnológica de base científica, con sus virtudes y defectos, pero también con su carácter abierto y aparentemente inagotable hacia el futuro. Sin embargo, hay una segunda ventaja todavía más importante de los centros hegemónicos actuales, de la cual se habla pero rara vez se menciona su valor de *metarrelato fundador de sentidos*. Me refiero a las grandes síntesis científicas que sólo son posibles a partir de la acumulación de mucha ciencia muy diversificada, y que a su vez empujan los desafíos de las nuevas investigaciones, expanden el universo interpretable y también las fronteras del misterio. Algunos ejemplos clásicos: la teoría de la evolución, los modelos cosmológicos vigentes, el mundo del *genoma* y los límites de la microfísica. Estos inmensos hitos orientadores del quehacer científico suelen moverse además hacia grandes utopías, como la teoría unificada de campos, o las interpretaciones neurológicas de la conciencia. Si uno se acerca a lugares en que estas fronteras están vivas y a las personas que trabajan en estos desafíos, se percibe que ése continúa siendo un mundo repleto de sentido y generador de nuevos sentidos.

Hay ciertamente una dificultad importante que proviene de las contradicciones entre esa ciencia deslumbrante, auscultadora del misterio, y muchas de las tecnologías y prácticas que de ella se desprenden. Alguien dijo que el *mal de las vacas locas* reflejaba la impía perturbación del universo, en que los humanos hemos convertido a rumiantes hervíboros en carnívoros entabulados. Es el tipo de impiedad que entendían los griegos y también los profetas de Israel.

Entre los dos extremos proveedores de verdaderos sentidos, el de la ciencia más penetrante y el de los auténticos profetas, se encuentra el inmenso territorio que habitamos *los humanos corrientes*, repleto de propuestas, productos y precarias interpretaciones. Entonces la incineración de las vacas locas (entre una inmensa mayoría de vacas cuerdas que también serán quemadas); el cultivo de necesidades perfectamente innecesarias que nos transforman en *ekelos*,³⁹ cargados con celulares, agendas electrónicas, *notebooks*, *CD players*, páginas web y cremas para asolearnos, nos obligan a movernos en autos desmesurados y de corta vida útil (ayudándonos a gastar nuestra propia cada vez más larga vida inútil⁴⁰).

En este panorama, hasta aquí nada optimista, parecería no haber espacios para rescatar la felicidad –y por tanto, el sentido– en las vidas de los humanos corrientes. Se trata de un terreno en que no caben las certezas. A pesar de todo, me atrevo a insinuar tres espacios de esperanza, ninguno fácil ni factible en el corto plazo.

7. Imaginando nuevas apuestas

Lleno de vacilaciones y sin ninguna pretensión de coherencia, me atrevo a explorar tres dominios que podrían acercarnos a las intuiciones platónicas sobre la felicidad, de las que me siento cada vez más próximo.

39 Los muñequitos aymarás, de los que cuelgan herramientas, alimentos, aparatos y billetitos de dólares, con que se invoca la abundancia.

40 Puesto que nadie nos reconoce como necesarios para nada, ni siquiera para ser explotados como los proletarios del siglo XIX.

7.1 La refundación de la convivencia en las sociedades nacionales

Las múltiples fragmentaciones de la sociedad chilena a que se aludió antes (y que existen en muchas otras sociedades) requieren ser reparadas en al menos dos sentidos.

El primero se refiere a la destrucción y/o extinción de los espacios e instituciones intermedias de convivencia, entre la familia y el Estado, en que se daba *la copresencia física* de los participantes, ya fuera en el club, el partido, la iglesia o el barrio. Ellos han sido víctimas, en gran medida, de las tecnologías de recreación y comunicaciones. Hoy no necesitamos juntarnos porque tenemos correo electrónico y celular. Paradójicamente, este reduccionismo tan materialista, pretende que los seres humanos somos sólo almas etéreas. Al suprimir la *copresencia* se elimina la necesidad de los cuerpos. *In extremis*, reemplaza el erotismo por la pornografía. No tengo idea cómo se puede revertir este proceso de eliminar la presencia del otro y pretender que sigo estando con él. Puedo apenas imaginarme la necesidad de una revolución parecida al redescubrimiento de los alimentos naturales. Así como ahora pagamos mucho más por la mazorca fresca y dorada que por los granos congelados, tal vez aprenderemos el valor de estar con el otro y la otra enteros con voces, olores, miradas, gestos, tentaciones y temores. Se trata de una gran revolución, mucho más difícil que los grandes festivales de *rock* con alcohol, droga y abundante sexo, porque implica la pasión por estar con el otro/otra cualquiera que él/ella sea, y en muchas y diversas circunstancias. En ese sentido, es una pretensión tan irracional como la de los primeros cristianos. Implica inventar un nuevo sentido para encontrarse en la iglesia, el club o el partido que, con seguridad, serán totalmente distintos de la iglesia, el club y el partido que conocemos.

La otra cara de esta refundación supone el rescate de algunos derechos y obligaciones de la convivencia que ya estaban muy claros hace más de medio siglo. En efecto, la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, proclamada por las Naciones Unidas en diciembre de 1948, establecía, en sus artículos 22 a 26, los derechos y obligaciones fundamentales de la convivencia.⁴¹ Dichos derechos, suscritos por todas las naciones de entonces, incluyendo Chile, han tenido, en la práctica, una evolución negativa. Así el Chile de los cincuenta y sesenta, a pesar de su gran pobreza, se acercaba mucho mejor al cumplimiento de estas normas. En el Chile actual se las viola todas, sistemáticamente; en muchos casos por designio legal. Con frecuencia, el primer violador es el Estado.

De modo que, vistas desde las circunstancias actuales, las predicciones de Lord Keynes de 1932 ya citadas y la Declaración Universal de 1948 aparecen sólo como una gran ilusión, y los estados como Chile debieran repudiar tal Declaración con la misma claridad con que la Constitución de 1980 despreció los derechos sindicales. La alternativa civilizada sería plantearse como país los pasos y plazos para volver a cumplir las normas suscritas cuando estábamos entre las naciones independientes más pobres del mundo. Por desgracia, es algo que ningún país puede siquiera intentar por su propia cuenta en el mundo globalizado.

41 El art. 22 declaraba el derecho a la seguridad social: los derechos económicos, sociales y culturales indispensables para la dignidad y desarrollo libre de todo ciudadano; el art. 23 se refería al derecho universal al trabajo en condiciones humanas, sin discriminación de remuneraciones, y a la formación de sindicatos; el art. 24 sancionaba el derecho al descanso, la limitación de las horas de trabajo y las vacaciones pagadas; el art. 25 estableció el derecho a la vida digna para toda la familia, en todas las dimensiones esenciales; y el art. 26 se refirió al derecho a la educación, en diversas condiciones desde la *Básica* a la Educación Superior.

7.2 La convivencia globalizada

El cambio a escala nacional soñado en el acápite precedente es totalmente infactible a menos que haya cambios incluso más importantes en la convivencia globalizada. Vale decir, que nos sentimos tan afectados cuando alguien es asesinado o violado en los Balcanes, en África o en Indonesia como cuando sucede en nuestra ciudad, y dispongamos de instrumentos para castigar el crimen. En ese sentido, la comunidad internacional ha percibido la trascendencia de la acusación de la Audiencia española contra Pinochet y su prisión en Inglaterra como un hito en las perspectivas de justicia globalizada.⁴² Si esta jurisdicción universal vale para temas singulares, como los crímenes de un dictador, ¿por qué no habría de valer frente a serias violaciones de derechos masivos, consagrados por un contrato universal tan solemne como la Declaración de los Derechos del Hombre? ¿Por qué se va a exigir el respeto de las leyes laborales sólo como barreras extraaduaneras contra las importaciones de los países pobres y no como defensa de esos trabajadores y sus familias?

Quizás la propuesta de George Soros, en el sentido de que “las Naciones Unidas deberían transformarse del actual foro retórico a algo como un parlamento capaz de legislar para la sociedad global” es todavía simplista e inviable, pero, al menos, se hace cargo del desafío de la convivencia globalizada de los seres humanos, no sólo de los bancos centrales y los macroinversionistas. Ni Soros es San Pablo ni las Naciones Unidas claman origen divino, pero, en tiempos del silencio de los dioses, hay que partir de la miseria en que estamos.

7.3 La refundación de la “cosa pública”

Habiendo vivido más de medio siglo en sociedades atrapadas entre las ideologías del libre mercado y la racionalidad planificada, intuyo que se acerca la época en que surja una nueva síntesis, en el sentido hegeliano, que inaugure un dominio completamente nuevo.

Aceptando, como aproximación plausible, la pretensión teórica de los economistas de la asignación óptima de recursos escasos, me encuentro a cada paso con las traiciones e incoherencias de los ideólogos a sus propias ideologías. Para tomar un ejemplo paradójico: no me cabe duda de que las carreteras concesionadas en Chile están resultando hasta aquí una mucho mejor solución que las mismas carreteras gestionadas por el Estado. Pero tales carreteras no son principalmente un fenómeno de mercado (aunque éste sí pueda funcionar y lo hará a la hora de asignar las concesiones), porque la decisión de hacer o licitar una de ellas es una apuesta política sobre un modelo que simula lo que pasará una vez que ella exista. Si se pretendiera que operara el mercado ciego, se debería suponer que las carreteras serán hechas por los inversionistas que comprarán terrenos y harán los caminos que se les antoje y con los criterios técnicos que quieran. En lugar de una carretera con ciertos estándares entre Santiago y Valparaíso, habría varias, de diversas calidades y costos, que competirían por los autos, camiones y buses. Fue lo que diseñó el gobierno de Pinochet para el transporte público urbano, y ya se sabe el caos y las gigantescas externalidades que ello ha implicado por más de una década.

42 “La detención de Augusto Pinochet en Londres en octubre de 1998... revivió la posibilidad de hacer justicia en casos de crímenes del Estado. Los procedimientos judiciales confirmaron varios importantes principios legales, incluso la jurisdicción universal sobre crímenes horrendos...”. Neier, A. “The Quest for Justice”, *The NY Review of Books*, v. XLVIII, N° 4, marzo 2001, p. 33.

A este ejemplo de lo inmanejable del mercado, típico de gran parte de la infraestructura, se podrían agregar otros, como las compras militares, las nuevas cárceles y toda la inversión de gobiernos locales. Las asignaciones racionales –tal vez óptimas, si se postula que el término tiene siempre un sentido inequívoco–, en dominios que tensionan claramente el interés público y los intereses individuales, son fruto de un proceso complejo en que juegan criterios y actores políticos, técnicas de simulación y análisis que responden a diversos órdenes de restricciones (espaciales, ambientales, de equidad, etcétera), y actores en diferentes mercados modernos y especializados (proveedores de tecnología, financiamiento, gestión especializada, etcétera).

Una vez que se reconoce lo anterior, la pregunta siguiente es ¿por qué todos los grandes consorcios y empresas dedican cada vez más recursos y talentos a sus planes estratégicos y a la exploración competente de sus futuros mientras los estados nacionales están vetados de hacer lo mismo? ¿Cómo se ha llegado en Chile a la ridiculez de que el Ministerio de Planificación se ha transformado en secretaría de asuntos indígenas, y que ni para eso funciona?

Otro aspecto del mismo tema es la reducción de lo público al Estado central, cuando público es todo dominio de acción en que se deben articular simultáneamente intereses múltiples y contradictorios de muchos actores, con diferentes demandas, restricciones y horizontes de tiempo. En términos prácticos, por ejemplo, en Chile todas las universidades tradicionales son públicas y varias de las nuevas privadas se van haciendo públicas, en la medida en que deben incorporar a sus decisiones esos intereses múltiples complejos y contradictorios. Esto, a su vez, no quita que muchos de estos actores, tal vez todos ellos, manipulen en alguna medida el interés público. Y por supuesto que también se van haciendo públicas algunas instituciones privadas o partes de ellas, como son las iglesias, o algunos de sus edificios con alto valor cultural y artístico. En otros países, este fenómeno de devenir público le sucede a muchas otras instituciones, como las grandes fundaciones filantrópicas, los centros de investigación y los museos “privados”.

8. Conclusiones

A estas alturas el lector paciente debiera conocer mis intuiciones frente a las preguntas originales.

- ¿Prevalece el pesimismo en la sociedad chilena? Respondo que sí, y que tal pesimismo abarca mucho más que la sociedad chilena; es un fenómeno global. El panorama está lleno de signos desalentadores sobre la inmensa dificultad de muchos seres humanos de las más diversas condiciones de saber qué hacer con sus vidas, y poder hacer algo al respecto.⁴³
- ¿Es efectivo que no somos felices? De nuevo, me inclino por la opción afirmativa: en un mundo de hiperabundancia, la supervivencia es cada vez más difícil para mayorías crecientes; la utopía

43 En marzo, la prensa hablaba de 490 millones de enfermos de estrés y depresión, a escala mundial, de acuerdo a la OMS.

de Keynes se aleja, como las galaxias, a velocidad también creciente. En el caso chileno, intuyo que empezamos a ser víctimas de dos efectos contradictorios: la ilusión temporal que nos dio el éxito de una buena fórmula que ya encontró sus límites estructurales y la ideología *globalizadora/granempresarista* en que todos hemos caído, ilusionándonos con que la *superfelicidad* de los *superricos* alguna vez nos va a envolver en su rebalse.

- La otra pregunta, *¿cuáles serían las soluciones?*, no tiene respuesta fundada: la realidad actual es tan compleja que todas las predicciones están destinadas a fallar. Personalmente, temo que sin un cambio revolucionario –análogo al del cristianismo primitivo– orientado a cambiar completamente las bases de la convivencia a escala global, que a su vez haga posible una transformación de la misma naturaleza en una sociedad periférica como la chilena, no hay solución.

En este último contexto, me parece muy importante la creatividad potencial y la autonomía relativa de Chile, con su frágil modernidad y residuos de prosperidad, para explorar nuevas calidades de convivencia en espacios limitados. En ese sentido, creo que fue mucho más creativo el primer gobierno de la Concertación,⁴⁴ que el de Frei.⁴⁵ El gobierno actual está entrampado en un cuento económico en que ya pocos creen y se enfrenta al riesgo de protestas sociales incontrolables. Salir de esta trampa requiere una combinación de liderazgo, audacia y creatividad que, hasta ahora, no se ha hecho presente.

44 Hacer funcionar el Parlamento, crear la Comisión de Verdad y Reconciliación, el inicio de la Reforma Educacional, la puesta en marcha de la regulación ambiental.

45 A pesar de su gran logro en la Reforma Judicial.